

A TUS REDES

Jorge se guiaba por los gustos elementales de la vida, por la bella ilusión de creerse dueño del mejor de los destinos a fuerza de atrevimiento y del tesón de carácter con que había nacido. Nunca dio mucha importancia a las señales expansivas que leía en la sección económica de los periódicos. Sabedor de que lo positivo de su pensamiento lo favorecía ante los tiempos de tribulaciones y que ganaría, ganaría siempre en el campo de la economía; pues en su destino solo estaba marcada la grandeza. Como en un viento frío del invierno, volaron las inversiones que había asegurado y Jorge tuvo que gastar sus ahorros y casi toda su herencia para saldar las deudas, sobornar jueces y ocultar rastros que llevaran la evidencia hacia sus pasos.

Pero Jorge era muy hábil y encontraba soluciones donde los demás nos quejábamos de adversidades: comenzó una carrera de escritor que le dio muchos réditos. En algunos años había escrito varios títulos relacionados con la ingesta de pastillas, la resaca de los lunes, los amores de una noche y las grandes conspiraciones de los hombres que se dedican al juego del poder. A Jorge le iba bien. Hasta que un día en una fiesta, comenzó a ver las formas y colores del zodiaco chino; entonces le dio por la mística y comenzó un libro de largas cavilaciones esotéricas que ninguna editorial se arriesgó a publicar y que calificaron como escritura para idiotas. Para esto, Jorge cumplía ya los cuarenta años.

Ya sin especular con la solución fundamental y habiendo limpiado su sangre de toda la sustancia del pasado, Jorge decidió largarse a un pueblo de aquellos que siempre han estado allí; pero se olvidan. Lejos de todo, menos de si mismo, a Jorge le dio ahora por lanzar redes al océano. Sintiendo que podía decidir por su destino; pero que el futuro todavía es un azar que no se escribe. Así, a los sesenta años de su vida, enseñaba a sus hijos a pescar con redes y a no dejarse atrapar en aquellas que nos llevan a perder la libertad y el sentido de amor por la existencia.